

FLAVIO JOSEFO

LA GUERRA
DE LOS JUDÍOS

LIBROS I-III

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS

FLAVIO JOSEFO

LA GUERRA
DE LOS JUDÍOS

LIBROS I-III

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 247

FLAVIO JOSEFO

LA GUERRA
DE LOS JUDÍOS

LIBROS I-III

INTRODUCCIÓN, TRADUCCIÓN Y NOTAS DE
JESÚS M.º NIETO IBÁÑEZ



EDITORIAL GREDOS

Asesor para la sección griega: CARLOS GARCÍA GUAL .

Según las normas de la B. C. G., la traducción de este volumen ha sido revisada por FRANCISCO JAVIER GÓMEZ ESPELOSÍN .

© **EDITORIAL GREDOS, S. A.**

Sánchez Pacheco, 81, Madrid, 1997.

www.editorialgredos.com

El apéndice final ha sido elaborado por ENRIQUE GONZÁLEZ ALONSO .

REF. GEBO339
ISBN 9788424932688.

INTRODUCCIÓN

1. HISTORIOGRAFÍA GRIEGA E HISTORIOGRAFÍA JUDÍA

Con la *Guerra de los judíos* de Flavio Josefo nos topamos con un auténtico clásico del judaísmo que es fruto y, en cierta medida, la culminación de una larga tradición de literatura hebrea en lengua griega. Además, es prácticamente la única fuente de que disponemos para el conocimiento de la toma de Jerusalén y la catástrofe del pueblo judío a partir del año 70. La Diáspora de los hebreos a través de las diferentes regiones del mundo helenístico dio lugar a una amplia literatura expresada en griego. Ya desde antiguo tenemos constancia de la existencia de comunidades judías plenamente asentadas y helenizadas, que a partir del siglo III y, sobre todo, del II a. C. emprenden una actividad propagandística y apologética para dar a conocer sus tradiciones ancestrales frente a los dominadores griegos y, luego, romanos ¹.

Desde el período helenístico la literatura judía muestra un gran interés por el pasado del pueblo de Israel: se seleccionan los temas, personajes, principios y momentos más destacados y gloriosos del pasado y se exponen en la lengua y forma literaria que va a alcanzar mayor difusión en estos momentos ². Por ello no es de extrañar que la historiografía sea uno de los géneros más fecundos del judaísmo de lengua griega. Ahora bien, este género

historiográfico cambia sensiblemente con el paso del período helenístico al romano, en consonancia con los cruciales acontecimientos de esta etapa para el pueblo judío ³ . Los autores helenísticos se dedicaron a reescribir el pasado bíblico, más que a narrar la historia contemporánea, que es lo que precisamente va a ocurrir bajo la dominación romana ⁴ . Tal es el caso de Demetrio, que escribió sobre Jacob y José, Aristeas sobre Job, Cleodemo y Pseudo-Eupólemo sobre Abrahán y Moisés o Eupólemo sobre David y Salomón, frente a los prácticamente únicos casos de historia contemporánea, como los *Libros I y II de los Macabeos* , que narraban la actividad de los judíos contra los seléucidas, o *Sobre los judíos* de Pseudo-Hecateo, citado por Josefo ⁵ como fuente para el conocimiento de la situación de los hebreos en el reinado de Alejandro Magno.

La historiografía del período imperial se centrará, más bien, en los sucesos del momento, vitales para la situación posterior del judaísmo. Hay tres fechas clave, en torno a las que girarán todas las referencias literarias, que marcan los hitos del proceso de crisis del antiguo Israel: la conquista de Palestina por Pompeyo en el 63 a. C., la destrucción del Templo de Jerusalén en el 70 d. C. por Tito y la revuelta de Bar Kokba con la consiguiente represión y última destrucción del Templo y de la Ciudad Santa por parte de Adriano en 132-135. No olvidemos tampoco que esta actitud era habitual entre los historiadores de la época, que tendían a autoelogiarse como testigos fiables de su tiempo, hasta el punto de que el escritor de historia contemporánea tenía más prestigio que el de la pasada ⁶ . Ello no quiere decir que se dejen de lado los relatos del pasado bíblico, sino todo lo contrario. La mayoría de estos autores escribirán los dos tipos de historia y, aún más, compondrán una historia total, integrando las leyendas bíblicas con los acontecimientos

presentes. Es entonces cuando la tradición bíblica se funde con la tradición historiográfica griega de una forma consciente y explícita ⁷.

Esta producción historiográfica judía de época romana se ha perdido casi en su totalidad y, a excepción de Filón de Alejandría y Flavio Josefo, sólo quedan unos pocos fragmentos, cuya cronología no siempre es fácil de precisar ⁸: la *Guerra de los judíos y Contra Apión* de Josefo, *Contra Flaco*, la *Embajada a Cayo* y *Sobre la vida contemplativa* de Filón, *La historia de la guerra judía* de Justo de Tiberíades, persona con la que rivalizará literaria y políticamente nuestro autor, las *Memorias* de Herodes y los fragmentos de Judas y Aristón de Pela reflejan la situación presente de los hebreos bajo la dominación romana. Las adversas circunstancias que ahora vive el judaísmo hacen que no sea suficiente para su apologética propagandística repetir los más destacados pasajes bíblicos, como ocurrió en la etapa helenística, sino que ahora, conscientes de hallarse ante una época clave y transcendental, hay que ir más lejos y recoger por escrito estos momentos para defenderse y justificarse ante el mundo grecorromano ⁹. No obstante, la mayor parte de estos historiadores judíos han compuesto también otras obras históricas que relatan tiempos bíblicos. Tal es el caso de las *Antigüedades bíblicas* de Josefo, *Hypothetica* y las biografías de Abrahán, José y Moisés de Filón, la *Crónica de los reyes judíos* de Justo de Tiberíades y las *Historias* de Talo.

Y, aunque con ciertos matices muy personalizadores, es en Flavio Josefo en quien vemos llegar a su máximo apogeo la tradición historiográfica judía, precisamente en un autor que ha abordado tanto la historia pasada de su pueblo como la presente, integrándola de un modo magistral en sus *Antigüedades*. Aparte de las obras ya mencionadas, Josefo

es autor de una *Autobiografía* , en la que relata su vida y, sobre todo, ataca y se defiende de las acusaciones de su rival Justo de Tiberíades, y del discurso *Contra Apión* , respuesta apologética ante los ataques antisemitas, tanto literarios como políticos, que en época romana se extiende por todo el Oriente. No nos han llegado más escritos, aunque tenemos noticias de otros. Al final de las *Antigüedades* , XXII 12, el propio Josefo nos menciona otras obras en proyecto: un resumen de la *Guerra* con la historia posterior a la toma de Jerusalén y *Sobre las costumbres y las causas* , título de un trabajo sobre Dios y las Leyes citado en *Antigüedades* IV 198. Incluso Eusebio de Cesarea [10](#) le atribuye, erróneamente, el *Libro IV de los Macabeos* y Focio [11](#) habla de Josefo como autor de la obra *Sobre la esencia de todo* o *Sobre la causa de todo* , que más bien pertenece al cristiano Hipólito [12](#) .

Como ya ocurrió en el período helenístico, los autores judíos del período romano van a seguir haciendo uso de las formas griegas en la exposición y exaltación de la historia de su pueblo, van a volver sus ojos a la propia historiografía griega para así llegar a un público más amplio, en el marco de esa propaganda y apologética señaladas más arriba.

Desde el siglo III a. C., la historiografía griega había sido aceptada por varias culturas como vehículo de expresión, el babilonio Beroso o el egipcio Manetón, son ejemplo de ello. Esta pugna entre el deseo de integración con el Helenismo y el intento de mantenerse fiel a sus tradiciones étnicas propias es una constante en estas culturas, como también lo será entre los judíos. Estos últimos contaban, además, con una tradición muy consolidada de historiografía bíblica que, en muchos casos, se fundirá con los hábitos griegos. El punto fundamental de todo ello es el público a quien van dirigidas estas historias. Tales autores buscarán ser leídos

por griegos y romanos, además de por los propios compatriotas, plenamente helenizados. Por eso hay que expresarse en lengua griega y en las formas literarias tradicionales griegas, habituales y conocidas por este posible auditorio. Ello no es óbice para que durante este período sigamos asistiendo también a un prolífico desarrollo de la literatura judía de tradición bíblica. Me estoy refiriendo a obras inspiradas en forma o contenido en el *Antiguo Testamento* que entre los siglos II a. C. y II d. C. darán lugar a un amplio elenco de apócrifos y pseudoepígrafos. Tanto estos textos «sagrados» como los históricos ya comentados son casi los únicos testimonios escritos de la historia del judaísmo en estos momentos de destrucción del Templo y de sucesivas insurrecciones, ante la ausencia prácticamente general de fuentes directas de estos acontecimientos [13](#) . Ahora bien, mientras que esta literatura bíblica está orientada al fortalecimiento y consuelo de la propia comunidad judía en las adversidades del momento, la historiografía adquiere un carácter apologético de justificación e, incluso, de integración ante los dominadores romanos.

2. LA PALESTINA ROMANA DE FLAVIO JOSEFO

Flavio Josefo no sólo es testigo de uno de los momentos más importantes del pueblo judío, sino que además es auténtico protagonista de algunos de sus acontecimientos [14](#) . Mucho había cambiado la situación desde que los Asmoneos se habían librado del poder seléucida y habían creado un estado y una dinastía nacionales. Los hebreos, que a lo largo de su devenir histórico han tenido que soportar la sumisión a dominios extranjeros, disfrutaron

entonces de un auténtico florecimiento. Pero la ambición de sus dirigentes y el enfrentamiento interno entre las diferentes facciones políticas, religiosas y sociales fue minando la estabilidad de este estado judío y facilitó la irrupción de Roma en Palestina. Pompeyo invade el país en el año 63 a. C. y lo anexiona a la provincia romana de Siria. No es propiamente una anexión, pues Israel mantendrá un cierto *status* independiente, aunque, eso sí, sometida a la supervisión del gobernador de Siria [15](#) . De ahí que los reyes asmoneos y, luego, los de la familia de Herodes permanezcan aún con determinadas prerrogativas políticas y, sobre todo, religiosas: Hircano II y Antígono son los últimos monarcas de la dinastía de los Asmoneos. Entre el 37 y el 5 a. C. permanece en el trono judío Herodes el Grande, a cuya muerte se producen disturbios populares y la división del reino en tres territorios, uno para cada hijo, Arquelao, Herodes Antipas y Filipo. A su muerte Roma fue incorporando, ahora de una forma real y efectiva, a su provincia de Siria los reinos de Arquelao y Filipo. Sólo el territorio de Herodes Antipas tiene cierta continuidad con Agripa I, que gobernará hasta el 44 d. C. Tras este rey el emperador Claudio convierte la totalidad de Palestina en territorio romano a las órdenes de un procurador. Un poco más tarde este mismo emperador concedió un pequeño reino a Agripa II, personaje que siempre mostrará una sumisión total a Roma, en especial durante la revuelta judía, lo que le acarreará la ampliación de sus dominios después de la guerra [16](#) .

La política de los nuevos mandatarios romanos no acaba con los problemas internos judíos. La provincia de Judea es en este siglo I de nuestra era extremadamente heterogénea. Se detecta un notable contraste entre las ciudades helenizadas de la costa y las del interior, que no

hace sino reproducir la eterna oposición entre los judíos de Palestina y los de la Diáspora, entre el apego a las tradiciones ancestrales y la apertura a nuevas culturas. A ello hay que añadir el tema de las sectas y de las fuertes desigualdades sociales. Todo ello dio lugar a movimientos ideológicos, revolucionarios, sectarios, etc... que van a desembocar en la insurrección antirromana.

En concreto, surgen brotes nacionalistas muy activos que chocan con actitudes favorables a Roma. El resultado de todo ello ya es conocido. La población judía se levanta el año 66 d. C. contra las autoridades romanas y empieza la guerra que culminará con la destrucción del Templo y de la ciudad de Jerusalén. La chispa que encendió el conflicto fue la actitud del procurador romano Gesio Floro que se atrevió a tocar el Tesoro del Templo. Esto, junto con otras acciones criminales, levantó los ánimos del pueblo. Tras un primer momento de división en la población entre los rebeldes y los partidarios de la paz, son las clases altas sacerdotales y los fariseos los que se ponen a la cabeza de la revuelta: José, hijo de Gorión, Anano, Jesús, hijo de Safias, Eleazar, hijo de Ananías, y nuestro Josefo. A partir de aquí sería muy largo relatar todos los incidentes, intrigas y batallas que jalonan esta guerra judía contra Roma. Tras la sumisión de Galilea en el 67 por parte de Vespasiano, los ojos de las legiones están puestos en Jerusalén, donde ante el asedio surgen facciones internas enfrentadas. En el 70 la ciudad cae por fin en manos de Tito, mientras Vespasiano acababa de ser nombrado emperador.

Pero la contienda bélica no acaba ahí: toda Palestina quedó bajo el poder de la legión X Fretensis, a las órdenes de Sexto Lucilio Baso y luego de Lucio Flavio Silva, que se dedicarán a la toma de los tres reductos judíos que quedaban, Herodion, Maqueronte y Masadá. Incluso, tras la

caída de estos enclaves, se produce una nueva revuelta en Egipto y Cirene que también se convierte en un fracaso y una derrota para los judíos. En definitiva, en esta obra de Josefo asistimos a los últimos momentos de la existencia nacional del pueblo judío, antes de dispersarse por gran parte del mundo conocido.

En este contexto histórico nuestro autor participa activamente de los acontecimientos de antes, durante y de después de la guerra. Él mismo fue uno de los comandantes del ejército judío sublevado en el frente septentrional de Galilea. Fue hecho prisionero en el asedio de Jotapata en el 67, y en el campamento romano tuvo lugar uno de los hechos más curiosos de la biografía de Josefo. Profetizó a Vespasiano que sería nombrado emperador, tanto él como su hijo Tito. Como consecuencia de esta predicción, que realmente se cumplió, Josefo no sólo fue liberado, sino que llegó a ser amigo y consejero de Tito hasta que acabó la contienda. Desde entonces no se separó de la familia de los Flavios, bajo cuya protección vivió en Roma alrededor de 30 años, desde que acabó la guerra hasta finales del siglo I .

Resulta paradójico este cambio de actitud. Un personaje que procedía de la alta nobleza de Jerusalén, cuyo nombre originario era Joseph ben Matthias, un sacerdote que pretendió ser fariseo, se convierte en miembro de la corte imperial romana y adopta los *tria nomina* de la ciudadanía romana ¹⁷ . Esto le ha hecho merecedor del apelativo de «tránsfuga» y de «traidor». Un estudio más profundo de los hechos y escritos de Josefo, inmerso en los avatares de la Palestina de su tiempo, perfila esta simplista y precipitada calificación.

Josefo, incluso en Roma, continúa fiel a su pueblo y a su Dios. Su integración en la vida social y cultural del mundo greco-romano no es incompatible con el judaísmo. La

Diáspora hebrea es, desde hace tiempo, un claro ejemplo de ello, y ahora, fuera de Palestina, nuestro autor es un miembro más de ese grupo de judíos desplazados de su tierra. Flavio Josefo fue un judío romano, un intermediario que trató de armonizar ambos mundos. Su actitud hacia Roma es positiva, ya que ve en ella una garantía de libertad y de independencia para Palestina. Su postura demuestra un convencido realismo político que distingue entre el Imperio Romano y sus representantes. Elogia a Julio César, Augusto, Vespasiano y Tito, mientras que recrimina de corruptos y criminales a Calígula, Nerón y Gesio Floro, el último procurador de Judea durante los años 64 y 65. Como veremos con detalle después, tal actitud llevará a Josefo a exculpar a Roma de la responsabilidad en este conflicto e imputarla a una minoría nacionalista de su pueblo, dado que, a su juicio, la población judía era en general favorable a la presencia romana. En este sentido la obra de Josefo permite estudiar la relación del pueblo judío con Roma durante un período histórico fundamental para Roma y Palestina, es decir, para la Palestina romana [18](#) .

Pero no todos los problemas de Judea residían en su enfrentamiento con Roma. El pueblo hebreo presentaba entonces una serie de conflictos sociales, en parte definidos por la guerra y sus hechos concomitantes, que habían dado lugar a un sinfín de esperanzas políticas y religiosas de tipo mesiánico, como lo demuestra la literatura apocalíptica apócrifa, en especial algunos de los *Oráculos Sibílicos*, *Jubileos*, *Henoc* , el *Testamento de los doce Patriarcas* y los *Salmos de Salomón* , concretamente el XVII [19](#) . Estos movimientos de masas fueron el caldo de cultivo de la insurrección contra Roma y no hay que perderlos de vista para poder entender de una forma completa las claves del conflicto. Nuestro autor no es una buena fuente de

información para esta realidad, a pesar de que su relato presenta toda una gama de movimientos sociales, que van desde el bandolerismo tradicional de carácter rural al mesianismo auténtico [20](#) . Su inclinación filorromana es totalmente partidista y no lo disimula. Únicamente su obra deja entrever parte de este conflicto interno judío en la polémica política y literaria que Josefo mantiene con el historiador Justo de Tiberíades. Este personaje, activista también en la guerra, compuso otra *Historia de la guerra judía* , conocida también con el título de *Contra Vespasiano* [21](#) . Esta obra es una importante fuente complementaria de la Josefo para reconstruir los acontecimientos de Galilea y es quizá una de las pocas voces discordantes del judaísmo antirromano que ha podido traspasar la barrera de la historia oficial impuesta por Flavio Josefo [22](#) . Por lo poco que sabemos, la historia se centraba en la campaña de esta región anterior a la llegada de Vespasiano [23](#) , aunque lamentablemente no nos ha llegado más que un pequeño fragmento conservado por los copistas cristianos por hacer referencia a Jesucristo [24](#) . Seguramente en esta obra Justo atacaría a Josefo por esa actitud «poco definida», entre judío y romano, en la contienda bélica, lo que provocaría la airada reacción que se materializa en la *Autobiografía* . Josefo le acusa de agitador y extremista, y le responsabiliza de la insurrección de su ciudad contra los romanos [25](#) . El hecho de no tener ante nuestras manos esta otra versión escrita del mismo asunto nos impide llegar a saber la auténtica verdad sobre la guerra de los judíos contra Roma. Hemos de ser plenamente conscientes de ello a la hora de enfrentarnos al texto de Josefo, que sin lugar a duda constituye la más importante fuente para la historia del pueblo judío durante el siglo I , durante los años precedentes a la revuelta, la propia guerra contra Roma y

los años inmediatamente posteriores, cuando el judaísmo pasa por un momento de reconstrucción.

3. LA COMPOSICIÓN DE «LA GUERRA DE LOS JUDÍOS »

El primer problema que se nos plantea al enfrentarnos a esta obra de Josefo es el del título de la misma. La mayoría de los manuscritos y la tradición cristiana, sobre todo los autores más tardíos, hablan de la *Destrucción del templo y de la ciudad de Jerusalén, Perì halóseōs* ²⁶ , mientras que las ediciones modernas van encabezadas habitualmente por *Historia de la guerra judía* o simplemente *La guerra judía, Perí toû Ioudaïkoû polémou* ²⁷ . No tenemos testimonios feacientes de cuál es el epígrafe que se remonta al propio autor, ya que Josefo emplea uno u otro término, *hálōsis* y *pólemos* , para referirse a los momentos clave de su relato ²⁸ , aunque hay que reconocer que el segundo de ellos se acomoda más al relato original, que abarca toda la guerra contra Roma, y no sólo la toma de Jerusalén ²⁹ .

Ante esta doble denominación se ha llegado a hablar de dos redacciones de la obra: una versión más antigua y simple, *La destrucción del templo y de la ciudad de Jerusalén* , y otra posterior más elaborada, *La guerra de los judíos* ³⁰ . No obstante, no se puede demostrar esta hipótesis, por lo que más bien habrá que considerar una doble tradición: el cristianismo, que fijó su atención en la conquista de Jerusalén como lo más destacado de la obra de Josefo, y una línea menos confesional, que ha transmitido una denominación más acorde con los hábitos de la historiografía clásica, similar, por ejemplo, a la *Guerra de las Galias* de Julio César o la *Guerra de Yugurta* de Salustio, entre otras.

El tema de la fecha de composición, en cambio, parece más definido. La fecha *post quem* hay que situarla en la dedicación del Templo flaviano de la Paz en el 75, en el sexto año del consulado de Vespasiano y el cuarto de Tito [31](#). Este acontecimiento se cita en el último libro de la obra (VII 158). Por otra parte en la *Autobiografía* (359-361) y en el *Contra Apión* (I 50-51) Josefo manifiesta que ha entregado una copia de la *Guerra* al emperador Vespasiano, que muere en el 79. Por tanto las coordenadas cronológicas hay que situarlas entre el 75 y 79, aunque algunos autores las hacen llegar hasta el 81 [32](#), ya en el reinado de Tito. S. J. D. Cohen [33](#) ha propuesto dos fechas distintas de publicación, una para los seis primeros libros, en los límites temporales antes señalados, y otra para el libro VII, una adición de la época de Domiciano, de un estilo literario notablemente distinto e inferior. Las diferencias estilísticas, en todo caso inferiores, de esta parte, así como la preeminencia dada a este emperador, hacen pensar en una composición posterior del libro, si bien hay que hacer notar que en el proemio de la obra Josefo nos habla ya de él.

Otra cuestión, no exenta de discusión, pero fundamental para clarificar la composición de la obra es el de la lengua de su redacción. El texto que nos ha llegado está en griego, que se remonta al propio Josefo, aunque no es el originario de la primera versión. Ya en el comienzo de la obra se indica que nos hallamos ante una traducción del arameo: «Por este motivo he decidido relatar con detalle, en lengua griega, a los habitantes del Imperio Romano lo que antes había escrito en mi lengua materna [34](#) para los bárbaros de las regiones superiores» (I 3).

En realidad no es una simple traducción, sino una reescritura, una paráfrasis, de un relato anterior [35](#), sobre todo si se tiene en cuenta el concepto de Josefo sobre la

traducción, de que hace un abundante uso en sus *Antigüedades*. Según él, esta última obra es una traducción de las Sagradas Escrituras [36](#).

El pasar del arameo al griego supone un cambio de mentalidad y de óptica por parte de nuestro autor. Josefo, que hablaba y escribía en arameo, se dirige en un primer momento sólo a los judíos no helenizados de Oriente. Cuando se traslada a Roma y se convierte en un protegido de la familia imperial pasa a ser un escritor de lengua griega que se dirige a la clase dominante del momento y también a los judíos de la Diáspora helenística, el grupo más numeroso de sus compatriotas desplazados de su tierra. Flavio Josefo podría haber compuesto su obra en latín, que sin duda aprendería durante su estancia en Roma, aunque era consciente de que el griego era la lengua «oficial» o, al menos, culta del Oriente, donde estaba dispersa la mayor parte de la población judía [37](#). El haber optado por el griego y no por el latín para «internacionalizar» su obra es indicio de que, a pesar de su conversión en ciudadano romano, Josefo nunca perdió de vista sus raíces hebreas, sin que ello suponga menospreciar las motivaciones políticas que también guiaron a Josefo en la composición de su *Guerra* [38](#).

En cualquier caso, sea cual sea el texto original, el texto arameo ha desaparecido por completo [39](#), tanto directa como indirectamente, aunque ha habido intentos de ver rastros de ella en las versiones siríaca y eslava [40](#). Como se dirá más adelante, todas las versiones conservadas derivan del griego.

La guerra de los judíos está compuesta en siete libros que se corresponden con el plan de la obra trazado por Josefo en el proemio de la misma [41](#). El relato de la guerra

propriadamente dicha ocupa los libros III al VI, mientras que el I y II es un resumen de los acontecimientos anteriores y el VII es un añadido con las últimas operaciones militares en Palestina, Egipto y Cirene y los honores recibidos por los Flavios en Roma. Tras el proemio (1-30), la historia parte de la sublevación de los Macabeos y, a través de los reyes asmoneos, llega al final del libro I con la muerte de Herodes, abarcando desde el 167 al 4 a. C. (31-673). En esta sucesión de luchas y maquinaciones entre Hircano II y Aristobulo II, Alejandro, Antípatro, etc... Josefo sólo detalla el reinado de Herodes el Grande. Como ya hizo Tucídides, a quien Flavio Josefo sigue muy de cerca, se intentan buscar las causas y los antecedentes del enfrentamiento bélico en el análisis de la historia anterior, desde el conflicto de los judíos con el monarca seléucida Antíoco IV Epífanes. En el libro II, que abarca desde el 4 a. C. al 66 d. C., se describen los sucesores de Herodes, Arquelao, Antipas, Filipo, Agripa I y Agripa II, y los primeros procuradores romanos (1-270). Con las actividades de los últimos procuradores se entra en las primeras llamaradas de la revuelta, como es el caso del conflicto de Cesarea (271-565) y las primeras actuaciones de Josefo en Galilea (566-646). La historia previa de la guerra, desde Judas Macabeo hasta el estallido de la misma, se corresponde con los libros XIII al XX de sus *Antigüedades judías*, y resulta de un gran interés, tanto histórico como de crítica textual, comparar los pasajes superpuestos y coincidentes. El libro III se centra en la campaña de los romanos en Galilea hasta el otoño del 67, con la llegada de Vespasiano a la región (1-34), la toma de Jotapata (106-339) y la captura de Josefo (340-408) como hechos más destacados. El IV recoge las vicisitudes de finales del 67 hasta el otoño del 69: las últimas operaciones en Galilea (1-120), la toma de Gamala, la situación interna de Jerusalén

con Juan de Giscala a la cabeza (121-409), los cambios políticos en Roma por la muerte de Nerón y la ascensión al trono de Vespasiano que, después de conquistar la mayor parte de Judea, marcha a Alejandría (410-663). El asedio de Jerusalén a las órdenes de Tito ocupa todo el libro V, desde la primavera hasta junio del 70. En el VI, hasta septiembre de ese mismo año, se narra la caída de Jerusalén y la quema del Templo. Con el libro VII se abordan los epílogos de la guerra, del año 70 al 74: el retorno triunfal de Tito a Roma (1-62), la toma de los últimos reductos judíos como Maqueronte (163-215) y Masadá (252-406), así como los nuevos brotes revolucionarios de Egipto y Cirene (407-453).

A lo largo del relato de todos los incidentes, intrigas y batallas de la guerra y de su historia precedente el autor desarrolla una serie de *excursus* sobre aspectos geográficos, institucionales, religiosos, filosóficos, etc..., del mundo judío y romano. Así vemos en la descripción geográfica [42](#) de Ptolemaida (II 188-191), Galilea (III 35-58), Gennesar (III 506-521), Jericó (IV 451-475), el Mar Muerto (IV 476-485), Hebrón (IV 530-533), Egipto (IV 607-615), Jerusalén y el Templo (V 136-247), Maqueronte (VII 164-189) y Masadá (VII 280-303), la digresión sobre el ejército romano (III 70-109), que nos recuerda a las observaciones de Polibio en las guerras púnicas, y las sectas judías, en especial, sobre los esenios (II 119-166).

Como ya hemos dicho, al final de las *Antigüedades judías* (XXII 267-268) Josefo anuncia una nueva síntesis de la guerra y un relato de los hechos acaecidos hasta el año 94, fecha probable de composición de esta obra. Sin embargo nuestro autor nunca llevó a cabo tal empresa.

4. FUENTES

Según manifiesta Josefo en el proemio de su obra (I 1 ss.), su presencia directa en los hechos narrados constituye uno de los ingredientes fundamentales de su historia, aunque son diversas las fuentes que se dejan sentir a lo largo de los siete libros de *La guerra de los judíos*. El tema de las obras y autores seguidos por el autor judío es bastante complejo, habida cuenta de que, salvo excepciones, no tiene por costumbre nombrarlos en esta obra. Por otra parte, la presencia *in situ* de nuestro autor en los eventos contemporáneos tampoco es prueba de una fidelidad absoluta a la realidad. Tal es el caso, por ejemplo, del tan importante relato de la intervención de Josefo en esta guerra, en el que el historiador se muestra muy descuidado y contradictorio, si comparamos el texto de la *Autobiografía* y de *La guerra* [43](#).

En lo relativo a gran parte de los acontecimientos específicos de la guerra el grueso de su información se basa en observaciones personales, relatos de trófugas o en otros testimonios orales de origen judío, sin que ello suponga restar importancia a las fuentes escritas. En cambio, estas últimas son imprescindibles en el caso de la historia anterior a la revuelta, que ocupa una extensión importante de la obra.

La documentación escrita que Josefo pudo consultar para la confección de su libro varía según se trate de la guerra propiamente dicha o de los acontecimientos previos de Palestina. Para lo primero, aparte de las anotaciones y apuntes que el propio Josefo hizo durante el asedio de Jerusalén [44](#), sabemos de la existencia de *Memorias* o *Comentarios* de los emperadores romanos que participaron en la contienda bélica, en este caso de Vespasiano y Tito. Josefo reconoce que se ha servido de estos escritos [45](#), y concretamente parece seguir tales *Comentarios* [46](#) en la

descripción de las operaciones militares de Galilea, Judea y Jerusalén, en el relato de la marcha de Tito desde Egipto a Cesarea [47](#) , así como en el ya mencionado pasaje de la organización de las legiones romanas del libro III. Igualmente hay que contar con escritos de otros personajes que también participaron en la contienda de forma directa. Minucio Félix [48](#) habla de un tal Antonio Juliano, que probablemente escribió sobre la guerra de Vespasiano. Quizá se trate de Marco Antonio Juliano, procurador de Judea mencionado por Josefo [49](#) . La valoración que el autor hace de estas fuentes es muy diversa, por una parte va a descalificar a aquellos que, aunque estuvieron presentes en los hechos, han falsificado la verdad por su deseo de halagar a los romanos o por odio hacia los judíos, y por otra va a basar la objetividad de su relato en los testimonios escritos de los emperadores que han tomado parte en la guerra. Ese es el argumento principal de su polémica con Justo de Tiberíades, a quien reprocha el hecho de contradecirse con las *Memorias* de Vespasiano [50](#) . Josefo, una vez concluida su obra, se la presentó a Vespasiano, a Tito, al rey Agripa II y a otros protagonistas del momento para que refrendaran su veracidad y exactitud histórica. Tito recomendó la publicación de la obra y Agripa II escribió una serie de cartas apoyando el relato de Flavio Josefo [51](#) .

Además, seguramente, en lugares puntuales Josefo ha seguido a otros autores romanos, aunque es algo que no es posible precisar por la desaparición de tales fuentes. Se han buscado paralelos, en su mayoría indemostrables, con la *Historia natural* de Plinio y con las *Historias* de Tácito, que pueden ser meras coincidencias o correspondencias por haber bebido de una fuente común. Desafortunadamente no han sobrevivido esas otras historias de la guerra criticadas por Josefo en el proemio de su obra, sólo conocemos el

nombre de Justo de Tiberíades y poco más, por lo que no podemos calibrar el hipotético grado de dependencia con ellas.

Hay que contar también con que Flavio Josefo durante su larga permanencia en Roma como protegido imperial ha tenido acceso a documentación política y militar sobre Palestina en los archivos oficiales.

Más claro parece, en cambio, el origen del relato de los acontecimientos anteriores al estallido bélico, desde el capítulo 31 del libro I hasta el 283 del II, es decir, desde Antíoco IV Epífanes y la revuelta macabea hasta el procurador Gesio Floro. El relato es muy desigual, solamente detalla el reinado de Herodes y la llegada al poder de Arquelao, lo que demuestra la disparidad de sus fuentes. Esta desproporción no tiene que ver directamente con la relevancia del personaje o época en cuestión, sino con la documentación escrita que existía para ello. El modelo fundamental en este período lo constituyen las *Historias* de Nicolás de Damasco, amigo y confidente griego de Herodes el Grande [52](#) , cuyo relato terminaba con el principio del reinado de Arquelao. Para el estudio de este período cronológico podemos ayudarnos de los pasajes paralelos de las *Antigüedades judías* . En esta obra se citan nombres de otros autores, griegos y romanos, que han podido servir de modelo para nuestro autor también en el caso de *La guerra* , aunque en este caso no se haga referencia a ellos. En su mayor parte se trata de fuentes desaparecidas o de las que sólo conservamos exiguos fragmentos [53](#) . Existió una gran obra histórica universal de Estrabón que narraba desde Alejandro Magno hasta el principado de Augusto. Josefo se inspira en ella para el período de los Asmoneos, desde Juan Hircano hasta Antígono, al menos en los libros XIII al XV de las *Antigüedades* [54](#) . Tenemos noticias de un tal Timágenes

de Alejandría citado por Josefo para la historia de Antíoco Epífanes [55](#) , Aristobulo I [56](#) y Alejandro Janeo [57](#) . Quizá Posidonio de Apamea, Asinio Polión y otros historiadores menores o poco conocidos estén debajo de algunas informaciones del relato flaviano. Incluso Josefo llega a mencionar una vez [58](#) unas *Memorias* de Herodes, de las que no parece haberse servido para el período herodiano, aunque pudo conocerlas de segunda mano. Son, por tanto, fuentes complementarias de Nicolás de Damasco para acontecimientos de la misma etapa histórica y tal vez Josefo no los haya leído directamente, sino que sus referencias proceden del propio Nicolás de Damasco. Es éste el escritor que subyace en la historia de los Asmoneos y de Herodes en *La guerra* y en las *Antigüedades* . Las divergencias entre ambas obras de Josefo se deben a que nos hallamos ante redacciones distintas, tanto por su finalidad, por su cronología como por su forma de resumir la fuente histórica [59](#) .

Finalmente, el libro VII, que seguramente es un añadido posterior, es más parco en cuanto a sus fuentes. Al tratar los acontecimientos posteriores a la toma de Jerusalén, obviamente faltan los *Comentarios* de Vespasiano o Tito. Esta ausencia se deja notar demasiado, tanto en el estilo como en su argumento, que son sensiblemente inferiores a los libros precedentes. El contenido del mismo coincide en buena parte con algunos pasajes de los libros III al V de las *Historias* de Tácito y el LXVI de la *Historia romana* de Dión Casio, sin que podamos precisar la fuente común de tales autores.

5. SIGNIFICADO DE LA OBRA

Es realmente difícil interpretar la obra de un autor tan complejo como Flavio Josefo. Un hombre que fue judío, más exactamente de casta sacerdotal, que combatió contra Roma, que luego fue ciudadano romano y protegido imperial y que escribió su obra en griego, lengua habitual de la Diáspora, es susceptible de múltiples análisis y manipulaciones de tipo político, religioso, filosófico e histórico.

Es verdad que la tradición judía tiene un gran peso en Josefo, pero no lo es menos que su compromiso con Roma ha sido decisivo para la composición de *La guerra de los judíos*. Mientras que las *Antigüedades* y el *Contra Apión* son escritos de apología del judaísmo, que se incluyen en las formas y contenidos ya conocidos de la literatura judeohelenística de la defensa de la ley y de las tradiciones de sus antepasados frente al opresor, antes Grecia y ahora Roma, *La guerra*, por el contrario, manifiesta una clara actitud filorromana. Resulta de gran interés la comparación de la actitud de Josefo ante la revuelta en *La guerra* y en la *Autobiografía*. En esta última obra, Roma no aparece como un enemigo del pueblo judío, ya no se habla tanto de una revuelta contra el extranjero, como de una rebelión interna. Cohen [60](#) observa en esta cuestión dos perspectivas diferentes, una retórica y dramática en la primera y otra apologética en la segunda, de tal manera que se puede sacar la conclusión de que mientras *La guerra* parece destinada a un público romano o, en general, pagano, la *Autobiografía* tiene como potenciales lectores a los propios judíos.

La obra es tendenciosa y poco objetiva. Las circunstancias le obligaron a ello. Josefo compuso su libro en Roma a partir del año 71, cuando fue llevado allí como protegido de la familia Flavia, de Vespasiano, primero, y de

Tito y Domiciano, después. El autor ha distorsionado el relato de la revuelta judía mediante un empleo parcial de las fuentes, a pesar de la labor investigadora y crítica que se ha observado en la composición de su obra [61](#) .

El fin primordial que persigue con este escrito es justificar y exculpar a Roma de los dramáticos acontecimientos bélicos. Aparte de los elementos de propaganda flaviana esparcidos por sus páginas, como son esos pasajes donde se destaca el papel de Vespasiano, Tito [62](#) o Domiciano [63](#) , el autor intenta demostrar que el culpable de la guerra ha sido una minoría judía que odiaba a los romanos y que Josefo denomina «sicarios», «bandidos» o «tiranos». Con ello se busca también exculpar al conjunto del pueblo judío.

A pesar de esta autodefensa del propio judaísmo, sin embargo es más destacado el peso de Roma. Se elogia a los romanos y, en especial, a su ejército. La imagen que de Roma nos transmite el discurso de Agripa II en el Xisto de Jerusalén [64](#) no tiene nada que ver con la de un estado totalitario y militar, sino que realmente el Imperio aparece como el auténtico heredero del mundo antiguo. Mucho se ha escrito acerca del *excursus* del libro III, 70-109, sobre la legión romana y su significado. Tal vez la clave nos la dé el mismo Josefo al final de este pasaje: «Me he extendido en esta descripción no para hacer una alabanza de los romanos, sino, más bien, para consolar a los vencidos y para hacer cambiar de idea a los que pretendan sublevarse» (III 108).

Efectivamente, ésta parece ser una de las finalidades de la obra: crear en todo el Oriente la conciencia de que no merece la pena rebelarse contra el poder romano. La pacificación de toda esta zona planteó serios problemas a las autoridades imperiales. No sólo los judíos manifestaron

su odio y venganza en sucesivas insurrecciones contra Trajano, entre los años 115 y 117, y contra Adriano, del 132 al 135, sino también los partos, que constituían una seria amenaza. Para estos últimos va también dirigida la obra, según consta en el prefacio de la misma [65](#) .

Josefo, ya desde el comienzo, intentará presentarse como un historiador objetivo, como la persona idónea para relatar estos acontecimientos, ya que él ha estado en los dos campos, en el judío y en el romano, ha participado y seguido el desarrollo de la guerra y ha estado en contacto con los principales jefes y generales. A pesar de sus buenas intenciones, su historia no es objetiva: algunos hechos están deformados por su actitud apologética judía, pero sobre todo por su fuerte inclinación filorromana. El autor silencia las hostilidades contra Roma que existían en las capas populares, así como las inquietudes de tipo mesiánico que rodearon la rebelión, al atribuir el desencadenamiento del enfrentamiento bélico a un pequeño grupo de «revolucionarios».

Lo expuesto anteriormente no quiere decir que en esta obra falten elementos de la tradición religiosa de su pueblo en la consideración de los acontecimientos históricos. Cuando Josefo describe las causas de la gran guerra contra Roma no sólo alude a acontecimientos históricos precisos, sino que también lo explica como el cumplimiento de un plan divino [66](#) . En el fondo late una dimensión teológica muy arraigada en la historiografía bíblica [67](#) , pero que también cuenta con precedentes en la historiografía helenística. Josefo busca integrar la historia del presente con el pasado bíblico, y, en consecuencia, se presenta como un profeta y aduce cómo personajes de la talla de Jeremías, Ezequiel y Daniel habían previsto ya la sumisión de Palestina a Roma [68](#) . En tiempos difíciles para el judaísmo,

como es éste, es frecuente ver la figura de Jeremías ante la destrucción de Jerusalén en época de Nabucodonosor en el 587 a. C. y el destierro de Babilonia como una emulación de las adversas circunstancias del presente [69](#) . La emulación de este último profeta queda patente en las palabras que Flavio Josefo expresa para justificarse en el preciso momento de entregarse, abandonar a los judíos de Jotapata y pasarse definitivamente al bando romano: «Ya que has decidido aplastar a la raza judía, tú que eres su creador, ya que toda la Fortuna se ha puesto del lado de los romanos, y has elegido mi alma para revelar el futuro, me rindo voluntariamente y conservo la vida, y te pongo a ti por testigo de que no lo hago como traidor, sino como servidor tuyo» (III 354).

Josefo actúa como un auténtico profeta inspirado por Dios cuando pronuncia su vaticinio a Vespasiano y le anuncia que se convertirá en emperador [70](#) . De esta forma inviste al general romano, encargado de acabar con la sublevación judía, de una autoridad divina y transcendente [71](#) .

El sincretismo cultural y también religioso de nuestro autor le llevará a aplicar el concepto clásico de la Fortuna y el Destino a su fe en el Dios hebreo. *Tyché* y *Theós* son para él sinónimos, y, lo que es más importante, ahora Dios, es decir, la Fortuna, se ha pasado al bando romano y ha abandonado al pueblo judío [72](#) . Así lo expresa en V 367: «La Fortuna está de su lado por todas partes y Dios, que lleva el poder de un sitio a otro, ahora se encuentra en Italia. Una ley, de gran vigencia entre los animales y entre los hombres, manda ceder ante los más poderosos y dejar el mando en manos de los que tienen la fuerza de las armas».

Pero no todo es casualidad o azar, la Providencia también desempeña su papel. Dios interviene en los actos

de los hombres, como bien lo demuestran las Sagradas Escrituras. De esta forma, en el relato de la gran guerra de los judíos contra Roma, Flavio Josefo demuestra la total interdependencia de la dimensión política y religiosa que siempre ha dominado en el acontecer histórico de Israel.

6. LA «GUERRA DE LOS JUDÍOS» COMO OBRA LITERARIA

La lengua en que está redactada la obra de Josefo pertenece a ese ático convencional de la corriente literaria aticista, dominante en este siglo I y II d. C. ⁷³, aunque sin llegar al extremo de artificiosidad de autores posteriores como Libanio o, en general, toda la Segunda Sofística. En Josefo se observa un esfuerzo por corregir y depurar el griego de la koiné en una línea más clásica. En el fondo están los modelos de la prosa ática que, en realidad, es la que determina la presencia de algunos rasgos gramaticales en Josefo como son el empleo del dual ⁷⁴ y el optativo, ya en desuso, *-tt-* en lugar de *-ss-*, formas verbales como *édosan* ⁷⁵ junto a *édōkan* ⁷⁶, etc... ⁷⁷

En este punto también hemos de traer a colación aquellos pasajes en los que nuestro autor nos habla de los «colaboradores» que ha tenido para llegar a la redacción griega de *La guerra de los judíos*. Efectivamente, la lengua materna de Josefo era el arameo, sin que ello suponga que desconociera el griego, pues, según hemos mencionado, las familias de la aristocracia judía, a la que pertenecía Josefo, iniciaban a sus hijos en esta lengua. Ahora bien, no podemos saber con certeza si Josefo sabía el suficiente griego como para redactar su historia o si, por el contrario, se sirvió de asesores ⁷⁸. Era un judío de Palestina, no de la Diáspora, donde el helenismo se había extendido en gran

medida, incluso en el nivel lingüístico. Seguramente el largo tiempo que permaneció en Roma, bajo la protección imperial, le facilitó la entrada en contacto con la lengua y la literatura griegas, aunque no hasta el punto de componer una obra literaria de las características de la *Guerra* . Por ello, hay que dar la justa medida a la actividad de este o estos colaboradores, sin restar las aportaciones que Josefo haya podido haber hecho [79](#) .

Se percibe en esta versión un esfuerzo por conseguir un estilo atractivo, e incluso retórico, hasta el punto de que se hace lo posible para evitar el hiato y conseguir una aliteración expresiva, con un léxico rigurosamente griego, que apenas deja pasar los típicos semitismos que hallamos en otras obras de la literatura judeo-helenística [80](#) . Los pocos préstamos semíticos se encuentran en el campo de las transcripciones: así vemos en los indeclinables *kómēs Belzedèk* (III 25) o *perì Gennēsàr* (II 573). Pero incluso en este caso Josefo heleniza lo más posible los nombres propios. A diferencia de los *Septuaginta* o de parte del *Nuevo Testamento* , nuestro autor suele someter a la declinación los antropónimos y topónimos hebreos: *Dauídou* (I 61), el genitivo de David, *Eleazáros* (II 236; V 250, etc...) en lugar del indeclinable *Eleázar*, *sùn Ezekíāi* (II 441), o *hetérou Matthíou* (VI 114). Adopta la forma *Símōn* (II 418, 628; VI 148, etc...) en lugar de la habitual hebrea *Symeón* . En los nombres de ciudades Josefo opta en algunos casos por la denominación helenizada habitual en las fuentes griegas: Gennesar (*Gennēsár*) por Gennesaret (II 573), Batanea (*Batané*) por Basán (III 56) o Dabarita (*Dabaritta*) en lugar de Daberat (II 595).

La obra se enmarca en las normas del género historiográfico griego tanto en los modelos literarios como en los lingüísticos. Es una prosa y una lengua artística